

ROSAURA BARAHONA

P U P I L A S  
D E



E  
S  
P  
E  
J  
O

Y OTROS TEXTOS



ROSAURA BARAHONA

Rosaura Barahona Aguayo nació en México, D.F. (1942), pero es regiomontana por adopción. Se graduó como licenciada en Lengua y Literatura española e inglesa en el Tecnológico de Monterrey. Estudió Guión cinematográfico en la Escuela Oficial de Cine de Madrid. Fue maestra de Literatura, Periodismo y Guión. Ha publicado *Abecedario para niñas solitarias*, *¿Por qué no Ferlos o Cardo?* y *El pescador de estrellas*. Actualmente es consultora en educación, colaboradora de la Organización del Bachillerato Internacional y editorialista del Grupo Reforma.

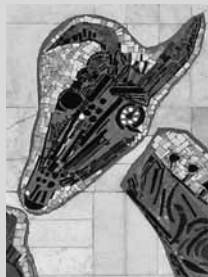






Ilustración de portada y siguiente página: Gerardo Cantú, *EL CARRUSEL (detalle)*.

P U P I L A S  
D E E S P E J O  
Y O T R O S T E X T O S



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

RECTOR

Jesús Ancer Rodríguez

SECRETARIO GENERAL

Rogelio G. Garza Rivera

SECRETARIO DE EXTENSIÓN Y CULTURA

Rogelio Villarreal Elizondo

DIRECTOR DE PUBLICACIONES

Celso José Garza Acuña

FONDO EDITORIAL DE NUEVO LEÓN

DIRECTORA GENERAL

Carolina Farías Campero

DIRECTORA EDITORIAL

Dominica Martínez Ajuria

COORDINACIÓN DE DISEÑO  
Y PRODUCCIÓN

Eduardo Leyva

Primera edición, 2012

D.R. Universidad Autónoma de Nuevo León

D.R. Fondo Editorial de Nuevo León

D.R. Textos: Rosaura Barahona

ISBN 978-607-7577-85-0

Impreso en Monterrey, México



**UANL**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN®

Padre Mier No. 909 poniente,  
esquina con Vallarta  
Monterrey, Nuevo León, México, C.P. 64000  
Teléfono: (5281) 8329 4111 / Fax: (5281) 8329 4095  
publicaciones@seyc.uanl.mx  
www.uanl.mx/publicaciones



**FONDO EDITORIAL**  
DE NUEVO LEÓN

Zuazua 105-2 Sur,  
esquina con Aramberri  
Monterrey, N.L., México, CP 64000  
Tels. (81) 8344 2970 y 71  
admin@fondoeditorialnl.gob.mx  
www.fondoeditorialnl.gob.mx

ROSAURA BARAHONA

P U P I L A S  
D E



E  
S  
P  
E  
J  
O

Y OTROS TEXTOS

## ROSAURA: SU PROSA-ESPEJO

*Mientras tú cumplías el ritual milenario que mantiene vivo a Narciso,  
yo escuchaba el susurro de la hierba al crecer  
y veía la cola de un cometa estallarme entre las manos.  
Fuiste sabor de penitencia ganada sin culpa,  
pago de deuda heredada y juramento reiterado.*

*Hasta que borraste todo eso  
y me hiciste guardarlo en el olvido  
cuando repentina y asombrosa  
brotaste con fuerza de mí  
y me diste a luz.\**

Cada vez que leo a Rosaura —y tengo casi cuatro décadas de hacerlo— me viene a la mente el *deslinda*. Hasta hace cincuenta años era un asunto fundamental deslindar, demarcar qué cosa era aquello que se redactaba, inscribirlo en alguno de los géneros literarios y declararlo como tal. Se estaba viviendo el final de varios siglos de definiciones precisas y farragosas que en la realidad nunca fueron tan claras como lo presumían los teóricos que las creaban. Entre más exacta y definida era la inscripción en un género, decían los teóricos, más el mérito. Lo fastidioso para ellos es que había trasgresores cuyos méritos en su escritura imprecisa superaban con mucho la exigencia, y se volvían eternos. Aquellos demarcadores ansiosos de precisión querían someter la vida a ciertas reglas convencionales, cosa imposible —la literatura es vida. En los ríos y arroyos literarios habíamos peces de todos tipos, desde los fanáti-

\* Las dos citas anteriores son de la prosa de Barahona, lo único que hice fue colocarlas conforme a su ritmo y hete aquí: poesía.

cos con fe musulmana al libro rector –o libros– de claustro madrileño, hasta los irresolutos en conciencia, aunque es justo aclarar que eran muchos los que desafiaban las reglas más por ignorancia que por propósito. Pleitos iban y venían, pero los creadores continuaban y lo valioso, como el oro, sobresalía para siempre en la arena del tiempo.

No importa si la prosa de Barahona es crónica, relato, cuento, poesía, semilla de novela, guión de comedia bien articulada, editorial, drama, ensayo o texto, lo que importa es que es vida, sangre, brillo de sonrisas, mirada inteligente, grandeza de corazón: *Lloren todo lo que quieran hoy, a partir de mañana no nos podemos dar el lujo de las lágrimas...* Una mujer, al enterarse que es viuda y con media docena de hijos, mano levantada al cielo reclamando el pestilente trapo de la justicia, reconocimiento sentimental, indignación de género o de especie, denuncia de las dobles caras, los engaños y manipulaciones de personas o de instituciones. Rosaura es una voz que da voz a muchos. Los temas de sus escritos son de la vida cotidiana, de la genérica vida de todos y cualquiera: la familia, los amigos y colegas, la ciudad, los lugares y momentos que luego se convierten en surcos en la cara del universo, los cables de la sangre, el paso por la vida, lo efímero, lo más efímero, las montañas que se ven desde el patio de su casa, el Cerro de la Silla, el río Santa, el sepia de la melancolía. Temas que nos tocan a todos sin mediar preparación académica, fondos económicos o pureza moral.

Con la naturalidad de quien frecuenta esos caminos, Rosa cita a Unamuno o a Tennessee Williams, Werfel o Paz,

Borges, Garfias o Ángela Figuera. Docenas de autores han sido sus compañeros por décadas en un listado que cada año crece y nunca se pierde uno, porque, lectora con oficio por su propia sed, lee lo recién editado, rebusca en lo escrito hace siglos, amplía lo ya encontrado y disfruta de todo lo acumulado. Nuestra amistad nació por mutua admiración—algunas mañanas soleadas de hace treinta y tres años la visitaba para tomar mi café de quince minutos y charlar sobre Olga Orozco, sobre las letras de Bob Dylan, sobre los poemas de profunda respiración. Luego fuimos compañeros en empeños periodísticos, en trabajar para vivir dentro de una institución educativa y sobre todo, y más importante que todo lo demás, vivir para trabajar en la literatura, en la prosa, en el viento que golpea la cara del personaje, en el silencio que decide un crimen, en la muerte de un obrero que nunca conoció el sabor de una trufa de chocolate.

Nos formaron para deslindar, para separar en parcelas, para definir, pero en eso fracasamos porque fuimos sinceros con nuestros ojos y nuestro corazón. Me alegro mucho por Rosaura, me alegra ver a un señor leyéndola en el consultorio del dentista, me alegra recordar a mi madre citándola, me alegro por el respeto y cariño que le tiene la comunidad, me alegro, y ella lo sabe, por esos vasos comunicantes que aparecieron en el momento en que nos conocimos y que siguen intactos, como sus ojos, que son espejos donde todos podemos encontrarnos.

Ricardo Elizondo Elizondo  
Viernes de Tinieblas, Semana Santa, 2012

*Para mi tribu*



## Pupilas de espejo

PARA JOSÉ ROBERTO

Un rostro desde su nicho de plata enfrenta al otro idéntico: las narices rozándose por instantes, la mirada fija en la mirada, la pupila clavada en la pupila y el ruido del sacapuntas descansado solo mientras el lápiz y su reflejo, sostenidos en las bocas como cuchillos de pescadores bajo el agua, son sustituidos por los que esperan turno para afinar su punta.

¿Dos minutos? Menos quizás. Sin proponérmelo, fui testigo de un encuentro contigo mismo. Tus casi trece años se desbocan en la adolescencia que empiezas a cabalgar para pasar de la infancia al mundo de las definiciones. Casi trece años reventando en tus ojos enormes, enfrentados a otros ojos de espejo que te miran mirarte, que te escudriñan mientras te escudriñas, que te quieren descifrar mientras quieres descifrarlos.

¿Qué pasó por tu mente al observarte con esa fijeza trepanante llena de dulzura y de inocencia? No te distrajiste nunca, ni siquiera al sacar el violeta del tajo eléctrico y sustituirlo con tu verde predilecto. Nunca verificaste la punta renovada. El ritmo del sacapuntas te indicaba la precisión o la falla del corte. Realizabas mecánicamente las operaciones necesarias para afinar tus colores. (El Cerro de la Silla esperaba resignado sobre tu escritorio a que le asomaras el sol entre sus picos).

¿En qué pensaste al encontrarte a ti mismo a punto de traspasar la puerta del mundo de Alicia? ¿Te concentraste en el color de tus ojos o en el espesor de tus pestañas? ¿Te preguntaste si así te verían los demás? ¿Aprobaste tu apariencia? ¿Deseaste alguno de tus rasgos diferente? ¿Te comparaste con alguien? ¿Te desdeñaste? ¿Te envaneciste? La luna oval era de cuerpo entero y, sin embargo, tu mirada se afianzó a tu mirada y nunca, en el tiempo que te llevó sacar ocho puntas, moviste los ojos hacia otro sitio que no fueran tus pupilas.

No me viste. A diez metros de ti, la casualidad me permitió invadir tu intimidad inesperadamente. En unos instantes borraste el universo que te rodeaba y lo redujiste al reflejo de unos ojos que te reflejaban reflejándote, mientras el sonido rítmico del sacapuntas ordenaba a tu mano sustituir los lápices que se convertían en rayos de sol, nubes y ese cerro que te saluda y te despide todos los días frente a tu ventana.

Como cazador que ve al cervatillo hipnotizarse con su propia imagen antes de beber, te vi hundirte en ti y descubrir tu silencio. Supe que rompías, ignorante de ello, el hilo invisible entre una esfera vital y otra. Mientras tú cumplías el ritual milenario que mantiene vivo a Narciso, yo escuchaba *el susurro de la hierba al crecer y veía la cola de un cometa estallarme entre las manos.*

Hay miradas que cambian. Después de esa tuya, nunca serás el mismo.

## Por el aroma roto de un recuerdo

PARA MAMÁ, NUESTRA CLAVE

Llegué a Saltillo demasiado tarde para la última conferencia de la mañana y demasiado temprano para la primera de la tarde. Todos se habían ido a comer pero nadie sabía a dónde. El lugar de reunión estaba frente a la Plaza de Armas, casi en contraesquina de la catedral, a dos cuerdas de la casa de mi infancia.

*Mi infancia son recuerdos de un patio* de Saltillo donde madura... lástima que no haya habido un limonero y que granado rompa con la métrica del verso de Machado porque no hay como recurrir a las imágenes indelebles de la poesía para interpretar el propio mundo. Pero sí, mi infancia son recuerdos de un patio de Saltillo siempre bullicioso, siempre mágico y siempre lleno de gente y de sorpresas.

El perro, los gatos, el cotorro, los pericos, las tortugas, los gansos, las 180 palomas de Manolo mi hermano, las tarántulas, las ratas blancas, los pájaros, la yegua, los guajolotes y el borrego creaban un mundo frente al que mamá siempre guardó la calma. “Si mis hijos están felices, yo estoy feliz”, decía, cuando otras mamás le preguntaban cómo lograba conservar la tranquilidad frente a ese mini zoológico domiciliario. Y se ponía a cocinar para alimentar a sus seis retoños y a los amigos que cada uno invitaba a comer, a hacer la tarea, a jugar al tren eléctrico, a ver las

luchas de arañas, a jugar basket, a estar en los columpios o a lo que fuera.

(Lo único que no aceptó fue un par de cachorros de puma capturados por el papá de unos amigos. Nuestros ruegos fueron inútiles; aseguró que el instinto no lo perderían jamás y que no quería ver a ninguno de sus hijos devorado por unas mascotas cariñosas).

Decidí caminar hasta la casa. El barrio seguía igual. Me detuve en la tienda de la esquina y le dije a don Antonio, el dueño, quién era yo. Se acordó de Arturo, mi hermano, y me contó que su esposa había muerto cinco años antes. Subí por la pendiente de Bravo: la cuadra en donde habíamos vivido seguía idéntica. Mentalmente repetí los apellidos de las familias que vivían en cada casa. Poco más tarde averiguaría que los Flores seguían ahí todavía.

Llegué frente a la casa: el portón estaba abierto. Unos albañiles entraban y salían con carretillas llenas de mezcla; la están remodelando. Pedí permiso de pasar. El jefe de la obra me explicó que era peligroso: había escombros por todos sitios. Insistí; sería bajo mi propio riesgo. Regresé a la casa después de 38 años de haberla dejado y bastaron dos pasos para sumergirme en el pasado que todos llevamos dentro y que revivió con una fuerza insospechada con cada detalle redescubierto.

Todo se había vuelto más pequeño: el enorme recibidor no lo era tanto, ni el portón era gigantesco; al primer patio le quitaron sus veredas de loseta saltillense, sus triángulos de jardín y su pileta para poner un vitropiso gris totalmente

fuera de lugar en una casa antigua de altos techos, gruesos muros y vigas de madera.

Entré a la sala y en vez de un cuarto vacío recién pintado, vi el piano horizontal recargado en la pared, entre dos sillones individuales con sus respectivas lámparas de pie, bajo el cuadro de una pianista vestida de rojo. Escuché la música que mamá tocaba de oído todas las tardes, mientras nosotros jugábamos guerritas con los sillones de la sala patas arriba en ese mismo cuarto.

Empecé a llorar sin darme cuenta. Me limpié las lágrimas discretamente pero fue un gesto inútil. Al entrar al estudio se me nubló la vista. De nuevo vi los libreros de madera labrada repletos de libros, el sillón en el que Manolo leía todas las tardes mientras se comía una lata entera de duraznos en almíbar y la mesa escritorio que mamá le regaló a papá un cumpleaños y que tenía que ser cargada entre ocho hombres cuando había necesidad de moverla.

¿Cómo se deshizo mamá de todo eso en menos de una semana, cuando años después murió papá y tuvimos que cambiarnos a la más pequeña de las casas en la que habíamos vivido? No lo sé. Sé, sí—¿cómo olvidarlo?— que el día en que nos anunciaron su muerte a tres mil kilómetros de distancia, nos reunió a los seis hijos y al ver la incredulidad en nuestros rostros, nos dijo: “Lloren todo lo que quieran hoy. A partir de mañana no nos podemos dar el lujo de las lágrimas. Tenemos mucho qué hacer en esta casa. Yo no puedo trabajar y no hay dinero. A ver cómo le hacen, pero van a acabar sus carreras”. Y lloramos (algunos todavía no

dejamos de hacerlo) y le hicimos: quién sabe cómo, pero le hicimos y cinco de seis acabamos una carrera, porque la menor decidió ponerse a trabajar para meter el hombro y que los demás saliéramos adelante. Y todo eso revivió al pisar un cuarto vacío, con olor a pintura fresca y a pasado.

Llegué al baño que papá mandó hacer porque la casa solo tenía uno en el patio trasero. Las dueñas lo consideraron un lujo innecesario, así que papá corrió con los gastos. Entre todos escogimos el mosaico verde con rombos blancos que en ese momento estaba bajo mis pies. Busqué nuestro timbre secreto para mandar mensajes en clave de espías y lo encontré intacto. Nadie lo quitó en todo este tiempo, seguramente porque nunca pudieron averiguar qué función tenía. Salí de nuevo al patio.

Vi el sitio en donde estaba la palmera bajo la cual las dueñas excavaron para encontrar el dinero enterrado por sus papás durante la Revolución (no encontraron nada) y el granado en el que se encaramaba el cotorro cuando se enojaba. Ahí estaba el desagüe de la azotea, escondite inviolable de Silvestre, el gato de Teco, la hermana menor, cuando tratamos de atraparlo para llevárnoslo a Tampico junto con la mudanza. Ahí estaba la ventana interior en la que nos subimos Beto y yo para evitar que los gansos nos persiguieran a picotazos y desde la que nos burlamos de Ratón, el menor de los hermanos, que aceptó salir a jugar con nosotros porque le dijimos que estaban encerrados. En cuanto pisó el patio, llamamos a los gansos, cerramos la puerta y nos trepamos a la ventana para disfrutar el es-

pectáculo que nuestro perseguido y picoteado hermano nos daba corriendo y gritando de un lado a otro. Hasta que llegó mamá y nos bajó a los dos a nalgada limpia.

Ahí habían estado los columpios y el enorme tinaco. Allá la canasta para el balón de basket y acá el comedor aislado, en el que jugábamos ping pong, sin que mamá dijera nada a pesar de la superficie cacariza que le dejamos a su mesa de caoba de tanto jugar sobre ella. Las dos habitaciones cercanas al corral no pude visitarlas, no se podía pasar. Ahí había estado nuestro club secreto, al que le pusimos una cortina de tiras de hojas de palmera, que pretendía imitar las de cuentas que entonces aparecían en las películas de cabarets o de casinos.

Todo volvió en un instante. La magdalena de Proust. El aroma roto de un recuerdo de Garfias. El esparadrapo cotidiano arrancado de un jalón para exponer la llaga abierta. La voz tras el eco. El eco tras la voz. La cicatriz dormida despierta en manantial niño y solitario. La sed de brazos que se fueron. El anhelo y la añoranza del camino seguro. El retorno a la casa que era casa porque era mía y no había otra: a la sala sala y al patio de cielo inalcanzable. Al pasado que me resguardó cuando yo aún no tenía futuro (porque solo se tiene lo que se puede nombrar). A mi aleph: los cuartos en los que cabía todo mi universo. Ahí empezaba el mundo y ahí acababa. Ahí las pesadillas de fantasmas infantiles, ahí los sueños y ahí las risas. Ahí la inocencia absoluta: la muerte era algo que sucedía a los demás. Los míos y yo éramos inmortales, eternos y todo seguiría igual, siempre.

El congreso de escritores me esperaba. Me tocaba la última sesión. Salí de la casa, como había salido muchas muertes antes. Aunque Unamuno diga que solo la muerte da sentido a la vida y yo lo entienda, no me acostumbro, ni me resigno. Y releí a Pedro Garfias:

*Por el aroma roto de un recuerdo,  
como por un incienso mutilado,  
brotas de la memoria en que me pierdo  
cristal sin luz, metal acongojado.*

Y como tantas otras veces, envidié mucho no ser poeta y agradecí a don Pedro que lo fuera.

## Nacimiento

PARA MI NEGRA

Te sentí completa. Te adiviné, al igual que yo, ansiosa y llena de curiosidad, supe que era tu hora y también la mía. Era nuestra hora. Latías, tocabas, palpabas, hurgabas, pataleabas, insistías, urgías. Y toda la vida que te explotaba en el espíritu te obligó a exigir inclemente (aunque ignorante de tu inclemencia) la entrada a un mundo en el que te esperaban –y aún te esperan–, no sé qué tantas cosas además del amor de aquellos a los que de una o de otra forma nos impediste seguir siendo los mismos a partir del instante en que tu presencia estalló en nuestras vidas. Te volviste dolor. Un dolor que no por anunciado era imaginable. Te convertiste en insoportable dolor tangible, preciso, milimétrico, recorredor de huesos, de venas y de espíritu. Te volviste grito contenido, respiración agitada y una apenas reconocible voz que pedía piedad, primero velada y después desvergonzadamente. Fuiste sabor de penitencia ganada sin culpa; pago de deuda heredada; juramento reiterado de experiencia irrepetible hasta que borraste todo eso y me hiciste guardarlo en el olvido cuando repentina y asombrosa, brotaste con fuerza de mí y me diste a luz. Empecé a escuchar tu llanto y lo mezclé con el mío. Entre las lágrimas te pude ver viva y completa bajo la forma de apenas un animal indefenso, pequeño y sucio. Aunque para las manos mecánicas y seguras com-

prometidas con su rutina, significaste solo un objeto más que había que pesar y limpiar, para mí fuiste el momento más intenso de esta vida que parece tener por sino la sorpresiva deriva y el vagaroso andar. A pesar de todo lo vivido antes (y algún día, cuando entiendas, sabrás que no ha sido poco), jamás me había acercado a la plenitud absoluta que en ese instante provocaste en mí. Por eso no te dejes engañar: fuiste tú la que me dio a luz a mí y no yo a ti, como señala falsamente la crónica del día.

## Magda Montes Fan Club

Siempre ha habido modas efímeras. Una fue la de los llaveros silbantes. La idea tras ellos era ingeniosa: quienes acostumbramos a soltar las llaves en cualquier sitio solo para casi enloquecer buscándolas, podíamos elevar la voz y el llavero en cuestión piaba como pollito electrónico enjaulado. Por desgracia, todo mundo compró uno y la búsqueda de unas llaves se volvió desesperante: se encontraban todas, excepto las propias. Con otro agravante: tanto el lugar de trabajo como la casa parecían criadero de pollos.

Silvia traía uno de esos llaveros cuando Renata nos llevó a escuchar a Magda Montes por primera vez. Estábamos en El Callejón de la Nostalgia (en aquella época, refugio de los hermanos Arizpe). Magda estaba ahí y cantarían en cuanto terminaran su parte del show Leo y Rosendo.

El lugar era por esos días todo, menos agradable. De hecho siguió ahí varios años, aunque no sé si funcionando como guarida de desamparados bohemios de los que andan siempre a la búsqueda de un sitio donde escuchar boleros y tangos en esta ciudad.

A una casa vieja sobre 5 de Mayo se le hicieron los cambios mínimos para dar cabida a algunas mesas estilo surtido rico, a una tarima pequeña y a un esquinero en donde se colocó la caja registradora. Flores de plástico, luz más que romántica, mortecina y un bar sin muchas

opciones completaban el cuadro. Pero la verdad, no importaba. El objetivo era escuchar a la Montes y todo lo demás era escenario. Había tres mesas ocupadas y todo estaba bastante tranquilo. Solo un señor necio insistía en hablar en voz demasiado alta.

Cantó Leo con su estilo característico: entonado, saboreando cada sílaba; la copa sobre el piano y su hermano acompañándolo sin problema alguno. Quién sabe cuántas horas habrían tocado juntos para seguir las improvisaciones y las variaciones como lo hacen. Leo no vuelve la vista al público. Cierra los ojos o los fija en el teclado, que por supuesto, no necesita ver: lo sabe. A Leo le gusta cantar de todo, aunque prefiere los tangos. Y lo hace muy bien. Se arriesga incluso con *Uno* y le saca todo el partido que se le puede sacar si no se desea imitar a Gardel.

Luego siguió Rosendo. A diferencia de Leo que canta hacia adentro, Rosendo se para en la tarima como si estuviera en el escenario de un enorme teatro y suelta el vozarrón. Le gustan las canciones difíciles y sale airoso de ellas. Esa noche decidió abrir con *Júrame*.

Ahí empezaron los pillidos, pero no de Rosendo sino del llavero chiflador de Silvia, que se propuso responder a lo que creyó era la voz de algún buscador de llaves. "Júrameeeeeeee..." fue acompañado por un pipipipipipi veloz e incontrolable. Las tres tuvimos que contener la carcajada por temor a que se malinterpretara. La dueña del llavero se puso a hurgar en su bolsa tan desesperada como inútilmente para silenciar los pillidos.

El señor necio preguntó: “¿Quién metió un pollo aquí?”  
Y Silvia casi se traga el cigarro que sostenía en la boca.

Renata había recuperado su habitual impavidez y escuchaba la canción de la Grever tranquila sin que la cigarrera, los kleenex, la bolsa de maquillaje, los lentes, los diskettes, la chequera, el monedero, la libreta, las plumas, la cartera y las medicinas que Silvia había ido recopilando sobre la mesa, la molestaran. El llavero no aparecía: su dueña puso la enorme bolsa bocabajo, la sacudió y ¡nada! Ya Rosendo cantaba otra:

“Alma mía, sola siempre sola, sin que nadie comprenda mi sufrimiento, mi horrible padecceeeerrr...” Pipipipipi a todo lo que daba. Rosendo volteó hacia la mesa y Silvia casi se mete debajo de ella.

“Busca en la bolsa de tu saco”, dijo Renata, sin mover los labios, ni quitar los ojos de Rosendo.

Ahí estaba el maldito llavero ¡por fin!, pero silenciarlo no fue fácil. Se amortiguaba el sonido, no se callaba. Acabó envuelto en kleenex, refundido en el monedero, metido en la bolsa de maquillaje y cubierto con todo lo demás. Solo así se calló. Fue entonces cuando Rosendo terminó de cantar y anunció a Magda Montes.

Renata nos había hablado de ella cuando alguna vez le dije que tenía ganas de ir a La Cueva de Amparo Montes en el DF. Y no es que Magda imite a Amparo, pero a quien le guste Amparo, le gustará Magda.

Una señora muy normal se paró frente al micrófono, saludó y agradeció su acompañamiento a los Arizpe. Lue-

go empezó a cantar. Y la señora canta. Su voz revive las palabras de Lara, Curiel, Ferrusquilla, Federico Baena, el Chamaco Domínguez y les da significado. Una canción lleva a otra y a otra. Luego empiezan las peticiones (gracias a las cuales se descubren muchas cosas de quienes las piden) y las complacencias.

El necio empieza a pedir, ya con alguna copa de más, *Punto y coma*. Magda lo ignora y el otro insiste, cada vez con más fuerza. Alguien dice:

Una de Álvaro Carrillo... solo para que otra voz con sentido del humor más que intención de herejía, añadida, aclare y reclame: “*San* Álvaro Carrillo, no sea usted irreverente. Cuando se dice el nombre de ese señor, se tiene que poner de pie. Igual que con *San* Gonzalo Curiel”.

Y empieza el recorrido de *San* Álvaro: *Amor mío, Sabor a mí, Dos horas, Seguiré mi viaje, La señal...*

“*Punto y coma*”, insiste el necio... “No la sabemos, señor, usted disculpe”. “*Punto y coma...*” “Muy bien, señor, en un momentito...” “Eso: *Punto y coma...*” “Le prometemos aprenderla para la próxima...”

Magda sigue cantando y tras cada canción se oye la misma petición. Renata, sabedora de que el necio no se callaría y echaría a perder todo, le sugiere a la señora Montes “soplarle” la letra, cosa que hace. (Yo jamás había oído la canción y me encantó la línea que le da título: “Usted no llega ni a pecado, punto y coma”). El necio aplaudió más que nadie y Magda volvió a Lara y cerró con las canciones clásicas de Toña La Negra, sin hacerlas perder

un ápice de belleza. (A diferencia, por ejemplo de la anémica versión de *Mi voz cantada* por la Pineda, que es una vergüenza si se la compara con la de Celia Cruz).

Cuando acabó de cantar, Magda se colocó tras la caja registradora y nos acercamos a platicar con ella. Nunca estudió canto. Montes es su verdadero apellido. No sabe música, aprende todo de oído, lleva mucho tiempo en esto y esa era su temporada final. Se retiraría en un par de meses. Tanto tiempo en el ambiente la había cansado.

Renata me tranquilizó: “No te apures, Leo dice que si se retira, vuelve al rato; no puede vivir sin la cantada”.

Volvimos a la siguiente semana con un grupo mayor. Todos (salvo una) disfrutamos enormemente de los boleros, de las letras barrocas, de las canciones anacrónicas: Como dos puñales/ de hoja adamantina/ tus ojazos negros/ color acerina/ clavaron en mi alma... La no-disfrutadora del grupo se burla de nosotros y dice que le parece lo más cursi de todo lo cursi que ha oído.

Me acuerdo de *Amor perdido*, el libro de Monsiváis en donde Lara reconoce que sí, que es cursi, muy cursi. Y terminamos por darle la razón a la única del grupo que se ríe ante cada frase hecha: tus cabellos de oro... tus ojos, dos gotitas de agua clara, pedacitos de cristal... aquellos ojos verdes, de mirada serena... amor perdido... amor mío tu rostro querido, no sabe guardar secretos de amor...

Pasa un par de meses. Magda anuncia su retiro y deja de cantar. La extrañamos. No mucho tiempo después reaparece en un sitio pequeñísimo y nuestro grupo lo lle-

na. No están los Arizpe. Alguien más la acompaña con guitarra. Se oye igual de bien. Nos canta a un metro de distancia. Ahí fundamos el Magda Montes Fan Club. ¿Cómo todas las cantantes o remedos de cantantes sí tienen club de fans y Magda, la del vozarrón, la de las cantadas sabrosas, no?

Desde entonces, la seguimos. Donde aparece, ahí estamos. Contentos, aplaudidores, gozosos, cursis y felices escuchando a una de las mejores voces de la canción popular que ha dado Monterrey.

## Llamada

Dicen que en este preciso momento, alguien en el Universo (en un lugar desconocido para nosotros) escribe cada una de estas mismas palabras. La coincidencia, sin embargo, nunca será conocida y quien lo escribe y yo, jamás sospecharemos en nuestra ignorancia recíproca, que algo nos unió efímeramente.

Dicen que en este preciso momento, alguien en el Universo (en un lugar desconocido para ti), lee cada una de estas palabras. La coincidencia, sin embargo, nunca será conocida y quien lo lee y tú jamás sabrán, en su ignorancia recíproca, que algo los unió efímeramente, a pesar de una distancia tan desconocida como insospechada.

Si esto es verdad (y Borges dice que lo es), alguien en el Universo escuchó una voz en el momento preciso en el que tú inexplicablemente me llamaste. Para ella y para mí, las palabras sonaron cerca, a pesar de la lejanía porque llegaron cuando el mundo resquebrajado empezaba a desmoronarse.

Y alguien más repitió contigo las palabras que nos permitieron —sin tú ni él saberlo—, a mí y a esa otra mujer cuya apariencia ignoro y cuyo nombre no podré deletrear jamás, encontrar el nuevo aliento, la alegría melancólica y la serenidad casi absoluta que nos dio el saber que alguien aunque lejano, inalcanzable, in-

asible, imposible y todavía impreciso (a pesar de los esfuerzos por precisarte), nos ama o mejor aún: nos quiere y le importamos. Tanto, que presiente cuando las cosas no marchan y llama simplemente para decir: “Yo sigo aquí... ¿y tú?”

Entonces, el mundo se recupera y vuelve a tener sentido y yo continúo como si nada (tal vez con un poco más de este cansancio ya irremediable a cuestas), confiada en que si me vuelvo a hundir, volverás a llamar como lo has hecho siempre.

## La Isla

Monterrey nunca ha sido una ciudad sencilla. Tal vez ninguna ciudad lo sea. Cada ciudad es distinta para quien la vive, la conoce y la desconoce, la anda y la desanda, la ignora, la encuentra, la abandona, la reencuentra, la ama, la detesta, la cambia, la conserva, la olvida o la lleva medida en las venas.

Para unos, esta es la mejor de las ciudades; para otros, no hay nada peor; la comodidad y el lujo de algunos, es insulto para los más. Su miseria —forma de vida cotidiana para cientos de miles—, es incomodidad para quienes quisieran borrarla, no tanto por resolver el problema, sino por la vergüenza que significa.

La imagen que en la República y el extranjero se tiene de los regiomontanos está creada, básicamente, por los viajeros de la clase media y alta. Los demás no viajan.

Conviene aclarar que pertenecer a la clase media o a la clase alta es, por supuesto, muy subjetivo, excepto si aplicamos indicadores económicos. ¿Por qué? Porque alguien que posee una casa en Estados Unidos, va a Europa dos veces al año para vacacionar y adquirir pinturas y antigüedades, tiene una mansión aquí y se gasta millones en la boda de su hijita, se sigue considerando a sí mismo integrante de la clase media y no hay poder humano que lo convenza de lo contrario ni le haga entender que el solo hecho de pensar tal cosa es irracional, absurdo y estúpido.

La clase media regiomontana se caracteriza por ser bastante conservadora a pesar de que cree lo contrario. La religión como forma es muy importante, aunque bastante primaria: su concepto de moral está muy asociado a la cuestión sexual y una orgía o una infidelidad son, sin lugar a dudas, mucho más graves que un fraude, la explotación de trabajadores y, por supuesto, la evasión fiscal.

Los regiomontanos de las dos clases sociales anteriormente mencionadas, detestan ser llamados o considerados *nuevos ricos* (a pesar de que todas las fortunas locales son bastante recientes si, por ejemplo, las comparamos con las fortunas de rancio abolengo que hay en Europa). Evidentemente el término *nuevo rico* es peyorativo pero, la verdad sea dicha, nuestra historia no da más que para nuevos ricos (si gusta usted, quítele lo peyorativo) y, eso, muy a duras penas y a más duras especulaciones.

Las regiomontanas de tales estratos sociales esperan con ansia la revista *Hola* y vibran ante los títulos nobiliarios. Hacen el numerito cuando aparece por aquí una duquesa, condesa, marquesa o princesa y echan la casa por el ventanal para ofrecerle una fiesta de mucho caché. Así la visitante sabrá que también en Monterrey se cuecen habas y se beben buenos vinos, entre sedas, brocados, puertas hindúes (que se tardaron un año en traer) o techos moriscos trasladados pieza por pieza, para orgullo de sus dueños.

Es innecesario repetirlo: la diferencia de clases sociales en nuestro país y en nuestra progresista ciudad, es

evidente. Lo que tal vez no sea tan evidente, es cómo el espacio vital de esas clases sociales se va corriendo ante el embate de los escaladores sociales.

Cuando llegué a vivir por segunda vez a Monterrey, la calle Morelos, la Plaza Zaragoza y la Alameda eran los paseos de jóvenes y adolescentes. Después conforme estas zonas se fueron volviendo más populares, el paseo se fue a la plaza de la Purísima, pero el centro seguía siendo la zona en donde se hacían las compras los sábados (los domingos no abría ninguna tienda). Juárez y la calzada Madero estaban llenas de comercios más baratos y además de la gente con menos recursos, solo los más audaces, tacaños o quebrados se arriesgaban a ser vistos de compras por ahí.

Laredo era la frontera a donde se iba a chivear. McAllen era un pueblito de diez tiendas. Después, paulatinamente, McAllen empezó a crecer y Laredo a ser visto como último recurso. Lo mismo sucedió a Morelos y a Padre Mier. Hoy la clase media y alta se van de compras a cualquiera de los *mole*s locales, pero la calle Morelos solo se visita por necesidad. La zona se ha popularizado y ha cambiado: las tiendas ya no tienen mucho que ver con las que le dieron su fisonomía característica a esa zona.

Lo mismo, más o menos, ha sucedido con la Isla.

Durante años y felices días me resistí a ir a la Isla. Me molestaba desde su nombre. Cuando escuché el término por primera vez, pregunté cuál isla y me vieron con cara de: “¿De dónde eres, de dónde sales?”. “La Isla, la Isla”,

me respondieron en el mismo tono en que hubieran dicho “La plaza, Zaragoza, ¿pos cuál otra?”. Cuando insistí en que no sabía a qué se referían, me lo explicaron entre incrédulas y compasivas.

La vocación de ermitaños que tenemos mi cónyuge y yo, nos hizo borrar la Isla del Padre de la lista de posibles lugares en donde pasar nuestra semana anual de vacaciones. Uno de los argumentos de los proisleños es que ahí se encuentra “todo Monterrey” y nosotros pensamos que si se vive aquí, las vacaciones son para salir de la ciudad, no para trasplantarla a un lugar con playa. Claro, el argumento se sostuvo mientras crecieron los niños, pero...

Desde entonces, vamos a la Isla una vez al año a saludar regiomontanos, a pepenar un departamento con cocineta que no esté muy caro, a caminar por una playa bastante fea y sin chiste, a dormir, a leer y a romper con el aceleramiento que se ha vuelto forma de vida para quienes habitamos a la sombra del Cerro de La Silla. Pero incluso en la Isla, las clases sociales defienden sus espacios vitales.

Por un lado van quienes viajan en carro grande con aire acondicionado, tarjetas de crédito y lentes de sol. Nada más. La ropa la comprarán allá o de pasada por McAllen o Harlingen. Llevan poco dinero en efectivo porque todo lo pagan con tarjetas de crédito. Si se detienen a poner gasolina, se bajan en shorts blancos, tenis de ultimísima moda y tan frescos como una lechuga. Compran un vasito de nieve de yogurt con fruta, dan unas probaditas minús-

culas y antes de subirse al carro de nuevo, tiran el vaso con más de la mitad, y con un desparpajo sublime. Llegan a su departamento propio, en donde se encuentran todo listo (ya habían enviado a la recamarera y a la cocinera para arreglarlo). Cuando los encuentra uno por la playa, van hechos unos modelos de revista: bonitos, con un tostado perfecto, con modelitos guau, delgados, sonrientes, tranquilos e igual de frescos que cuando se bajaron a cargar gasolina. Pescan mar adentro en su propia lancha y tienen unas cañas impresionantes.

Después siguen los clasemedieros “derrochadores”. Llevan los dólares contados, su complejo de saca-dólares a cuestas, los trajes de baño del año pasado y lo más importante: una libretita en la que se anota cada gasto para hacer corte de caja en la noche, de manera que no se exceda el presupuesto. Con optimismo e ingenuidad esconden cincuenta dólares sagrados, por si surgen imprevistos. Viajan en un coche mediano o compacto de hace cinco años, con aire acondicionado que no se enciende porque se calienta mucho el motor. Si se paran a cargar gasolina, se bajan todos sudorosos y con la ropa arrugada, se meten corriendo al aire acondicionado y van al baño, compran fritos y refrescos para lo que queda de viaje y la mamá guarda todos los vasos desechables, con sus tapitas perforadas, los popotes y las cucharitas de plástico: una nunca sabe, siempre pueden servir... Del vasito de yogurt, raspan hasta la marca antes de tirarlo y si no se acaba el contenido, lo guardan en la hielera.

Llegan a un departamento que no esté muy caro, o al minúsculo tiempo compartido que compraron hace años (y nunca terminarán de pagar). Guardan los víveres comprados en Sam's (en oferta) y la mamá procura cocinar, lavar y trabajar lo menos posible, pero termina siempre cocinando, lavando y trabajando mucho más de lo planeado. Cuando pasean por la playa, se sordean o se hacen locos cada vez que encuentran a un conocido, porque andan en fachas. Las señoras no se maquillan ni se peinan, usan batones mexicanos que no aprieten las lonjas y que no denuncien los kilos aumentados durante esos días. Los señores, en pantalones viejos convertidos en shorts gracias a un tizeretazo y las playeras desteñidas que aún no se resignan a tirar, tratan de pescar con una caña baratona desde el muelle. Los hijos siempre andan disfrazados de candidatos a fresas o de fresas fracasados, porque cuando logran comprar con sus ahorros el modelito anhelado, este ya pasó de moda y el actual está fuera del alcance de su bolsillo.

A continuación, vienen los clasemedieros ahorradores. Esos viajan en su coche destartaldón, sin aire acondicionado (porque no tiene) y cargados de cajas de refrescos. Llevan todas las latas y los comestibles que pueden pasar por la frontera (y los que no pueden pasar también, pero escondidos). El señor lleva unas cheves o una botellita por la que paga el impuesto correspondiente. Cargan las infalibles bolsas de carbón para la carnita asada, única dosis que comerán durante la semana. Lle-

gan a departamentos para cinco y se amontonan catorce. Si durante el viaje se detienen a cargar gasolina, se descuelgan por las ventanas del coche porque la puerta no siempre se puede abrir y parecen gitanos decadentes en época de crisis. Compran una o dos sodas de lata y se las reparten entre todos, porque cada una cuesta medio dólar (con lo que se pueden comprar cuatro de las mexicanas). A la hora de volver a subirse, ya no se pueden acomodar porque el termo se movió y el delicado equilibrio original, se perdió.

La madre de este tipo de familias padece una manía obsesiva: convertir a pesos mexicanos todo lo que ve, con lo cual resulta que nada tiene un precio justo: está o muy barato o muy caro. Si está muy barato, se frustra porque no se puede aprovechar la oportunidad y si está muy caro, porque se vuelve más consciente de lo limitado de sus recursos económicos. Cuando pasean por la playa se ponen las prendas que ya desquitaron desde hace años, usan lentes de plástico y patas de gallo de las que pusieron en oferta en Soriana el día de la madre. Pescan con un anzuelo prendido a un bote de cerveza.

Pero no siempre ha sido así. Durante años, solo la primera categoría habitaba la Isla. Luego la pequeña burguesía, de la que nos habla Werfel, también quiso su parte para tener tema de conversación adecuado (¡no faltaba más!) y se lanzó a la Isla en versión austera y, por último, los aspirantes a la pequeña burguesía cumplieron con los sacrificios necesarios para tener su parte.

Entonces resulta que los meros meros petateros (que son los que imponen las modas y los lugares en boga) deciden que la Isla ya está muy revuelta y empiezan a desplazarse hacia el norte o hacia Florida. Y los clasemedios empiezan a pasar aceite, ¿cómo estirar los dólares hasta allá? ¿Llegará el carro? Porque en avión no la hacen.

Igual que con los *moles* y Morelos, la Isla se ha tornado más populachera y eso no es nada agradable. Y es que —dicen— el peso está sobrevaluado y ahorita cualquiera puede darse el lujo de ir. Pero dejen que aterrice el pacto, que nos suba el dólar y entonces sí, ya veremos quién es quién.

A propósito, ¿alguien sabe de un departamentito con cocineta en Playa Washington para el próximo verano? No sean malos y avisen.

## Hora de dormir: voz de mi universo

PARA PAPÁ, QUE SIGUE VIVO

Entre semana, ponerme la pijama, dar las buenas noches y meterme en la cama a luchar contra el espanto que se agazapaba en cualquier rincón del cuarto, me obligaba a dejar la luz encendida. Los viernes y los sábados era distinto. No había clases al día siguiente y el ritual cambiaba. Si había reunión en casa, nos poníamos la pijama, cargábamos nuestra almohada consentida, nos despedíamos de los visitantes y nos acostábamos en la alfombra de la sala, ante el asombro de ellos por la naturalidad con la que ustedes aceptaban la poco ortodoxa conducta de sus hijos más pequeños. Si no estabas tú –que era la mayor parte del tiempo– mamá no nos lo permitía (ella no podía cargarnos). Además, sin ti, rara vez iba gente a la casa. Cuando habías estado fuera mucho tiempo, entraba yo a la sala, lista para dormir, y te veía directo a los ojos sin decir nada. Entonces tú sonreías como cómplice que eras y abrías los brazos. Yo me engranaba en ellos hasta quedar sentada en tu regazo, con mi cabeza en tu pecho y mi oído en tu corazón. Su ritmo húmedo llevaba como melodía el susurro de la sangre bajo tu piel. Fue mi canción de cuna de los tres a los diez años. Mientras estaba ahí, escuchándola, me volvía minúscula y entraba a contemplarte por dentro. Eras una gruta habitada por un corazón gigantesco, voz

de mi universo. Me acurrucaba. Tú seguías la conversación, y mientras me quedaba dormida, jugaba a adivinar cuando ibas a decir algo. Aspirabas, tu corazón se aceleraba. Luego escuchaba tu voz grave y densa surgir de su venero original y me sentía importante: nadie más la oía así. No era la voz que escuchaba cuando llegabas o cuando partías. Tampoco la voz que temía cuando preguntabas algo que me metería en aprietos. No era la voz que bromeaba, ni la voz que explicaba todo lo explicable. Era una voz sin espacio, una voz que retumbaba desde el fondo de ti mismo. Me despertaba al cruzar la frontera que dividía la calidez de tus brazos y la soledad de las sábanas. Entonces ponías tu mano sobre mi frente y te sentabas a mi lado. Detestaba la almohada, pésimo sustituto de tu pecho. Cada viaje, mi oído se alejaba más del centro de tu pecho. Mi cabeza empezaba a asomar sobre tu hombro cuando me pediste que no fuera sinvergüenza: ya no podías cargarme hasta mi cama para asegurarme que no había nada que temer, que ahí estabas tú. Poner la cabeza en tu regazo no resolvió nada. Lo comprendí solo después de amanecer varias veces en el sofá de la sala, cobijada con la ropa de mi cama. Entonces supe que el ritual de mi hora de dormir había cambiado para siempre. Que mi cuerpo entercado en crecer, había agotado el refugio de tus brazos y que ya no me arrullaría más la misteriosa seguridad de tu corazón. Y no me resigné como no me he resignado ahora.

Por eso, quizás, soy yo la que busca dormir a tus nietos y bisnietos entre mis brazos. Nunca les he preguntado qué escuchan. Seguro que no sabrían responder. Y es que ¿sabes? Lo que es realmente nuestro, solo lo entendemos con ayuda del tiempo.

## El reclamo de Rodolfo Santizo

PARA RODOLFO, POR SUPUESTO

Rodolfo Santizo regresó a Monterrey después de veinticinco años y reclamó que le hubiesen cambiado la ciudad sin avisarle. “Nadie me pidió mi opinión respecto a la Macroplaza o los puentes a desnivel o las largas avenidas que se han extendido por todos sitios”. Y es que Rodolfo, guatemalteco, estudió en el Tec durante cinco años, mismos que, él dice, vivió en esta ciudad (aunque en realidad vivió en otra muy distinta a esta). Al graduarse, empacó junto con sus libros, el mapa mental nítido y exacto de las calles que durante los años posteriores se convertirían en el eco de sus sueños, de sus tormentos y de los sitios en los que desgranó sus primeras caricias o articuló sus dudas más osadas.

Ahora, todo un señor maduro pero tan juvenil como cualquier adolescente desvergonzado, trae a uno de sus hijos para que estudie en las mismas aulas en donde él estudió, y descubre que las esquinas amadas, cargadas de memorias precisas, han desaparecido. “¿Cómo me fueron a tirar el Elizondo sin decirme nada? ¿Y la calle Morelos? ¿Por qué volvieron enano al Tec con los monstruosos edificios que se comieron el mural, la biblioteca, y los edificios de aulas que eran enormes?”.

Rodolfo Santizo se declaró robado en más de un sentido. En un viaje fugaz, la realidad lo despojó de esas vere-

das asfaltadas que, supongo, reconstruía a menudo cuando necesitaba apoyarse en algo que fuera exclusivamente suyo. Ya no hay nada; y si lo hay, no es igual. Sus atajos por terrenos baldíos están llenos de casas que parecen brotar del suelo como hongos tras la lluvia, y la habitación en la que vivió está abandonada al fondo del jardín, con un sendero que no se bifurca y tan deshabitado como la casa a la que pertenece. Ahora, dice, no habrá manera de que recuerde su pasado sin que el fantasma de esta nueva ciudad invada el espacio de la otra, la secreta, la santiceña.

La verdad es que Rodolfo fue robado y no. La ciudad que llevamos dentro, la que él y yo compartimos junto con un grupo de amigos cuyos nombres sería largo e inútil señalar, ya no existe, es verdad; pero ya no existe porque sigue viva. Lo bueno es que al chocar el recuerdo con el reencuentro, aquella ciudad inexistente se volvió inalterable y por lo mismo, nadie podrá despojarnos de ella jamás.

Los recuerdos son impresiones, fotografías precisas, que se fijan en un espacio interno. Ahí, una vez que los sentimos nuestros, los sonorizamos, les ponemos colores o los dejamos en blanco y negro, les damos texturas específicas, les añadimos aromas, sabores e intensidad y los aceptamos con esa carga emotiva que a menudo nos mueve las vísceras sin que podamos hacer mucho por evitarlo.

Aunque a algunos los aceptamos tan descarnados como son, a menudo modificamos parte de ellos para justificar nuestra debilidad o para pulverizar la semilla de algún latente arrepentimiento. Los evocamos para rea-

firmar la lección que en su momento nos dieron, pero también los maquillamos para aparecer en ellos como la muchacha de la película o como el héroe de la batalla y, no pocas veces, los entendemos tardíamente o los interpretamos de una manera hasta entonces insospechada.

Por eso no hay que hacerle mucho caso al reclamo de Rodolfo. En el fondo, él sabía que llegaría a una ciudad distinta a la que dejó. Encontrarla igual hubiese sido como visitar un cadáver. Y además, aunque la hubiese encontrado idéntica centímetro a centímetro y esquina tras esquina, la ciudad nunca hubiese sido la misma, porque él mismo, ya es otro.

La ventaja de saber madurar está, precisamente, en que se puede entender eso. Se recupera lo que de bueno tiene el pasado, sin necesidad de rechazar el presente. Tal vez los reclamos y las confesiones estén hechos de añoranza, pero los edificios desconocidos y el tráfico asfixiante gritan el presente, sin dejar que nos olvidemos de cuándo se es y en donde se está.

Fue por todo eso, tal vez, que sin ser ni uno ni otra los mismos, en una ciudad que ya no es la nuestra, fuimos capaces de recuperar instantáneamente todo un pasado mucho más común y vivo de lo que ninguno de los dos se permitía imaginar. Bastó un primer abrazo, el reencuentro de una mirada y el matiz de una voz que hacía un cuarto de siglo que no escuchaba ninguno de los dos, para que se desencadenaran rostros, nombres, lugares y anécdotas que estaban anclados en nosotros (y quién sabe en cuántas mentes más).

Un rato fue suficiente para que el pasado tomara forma tangible y nosotros termináramos, después de una conversación que iluminó muchas cosas, caminando del brazo, en un presente sin nostalgia, por una plaza que alguna vez fue otra calle y que desde esa tarde, convertida en recuerdo, es la plaza que guardará las risas y el azoro de dos amigos que descubrieron que habían significado, recíprocamente, mucho más de lo que cualquiera de ellos se atrevió jamás a sospechar por lo que, en un momento escurridizo, decidieron pagar parte de la deuda que ese afecto había dejado pendiente desde entonces.

Cambiaron los amigos, cambió la ciudad y cambió el tiempo; pero no el pasado. Todo es lo mismo.

# El Fornos

A LA MEMORIA DE DON ALFONSO DE LEÓN

*Adiós al “Fornos” donde Arturo Cantú y yo  
creímos descifrar la clave de la poesía una  
noche en que, como pocas veces, llovía a  
cántaros.*

JORGE CANTÚ DE LA GARZA

Primero Manuel, mi hermano mayor, y después Arturo, el segundo, vinieron a estudiar a Monterrey; el resto de la familia vivía en Saltillo. Más tarde, nos fuimos a vivir a Tampico. Cuando mi papá tuvo que pagar el tercer internado y la tercera colegiatura (de Beto, el siguiente de los hermanos), resultó más conveniente trasladar a la familia a Monterrey, aunque él tuvo que permanecer en Pánuco.

Hasta esa fecha, nuestros viajes a esta ciudad eran solo de entrada por salida. Veníamos a traer o a llevar a mis hermanos o, si la nostalgia le pegaba duro a mamá, veníamos a ver si se les ofrecía algo a sus “hijitos”. Cumplido el objetivo principal, el ritual se completaba con tres cosas más: unos taquitos rojos de la Fuente Monterrey, una charola de pastelitos de la Pastelería Monterrey (cuando los hacían ricos) y unas ancas de rana de El Fornos.

El Fornos estaba por Zaragoza, frente al cine Rex, en el meritito centro de Monterrey, cerca de El Patio, de fama imborrable y tenebrosa. Para nosotros El Fornos era Pon-

chito, su dueño. En realidad, ahora supongo que le deberíamos haber dicho Don Alfonso, pero Ponchito resultó ser más sencillo. A su esposa, una señora amabilísima y siempre sonriente llamada Amalia, nosotros la bautizamos como Ponchita y toda la vida le dijimos así.

Mientras existió El Tupinamba, también por Zaragoza, en donde ahora está la Macroplaza, nos gustaba comer ahí (debemos recordar que al iniciarse la década de los cincuenta, las opciones gastronómicas no eran muchas en Monterrey). Después lo quitaron y como ni la carne asada, ni el cabrito me hacen mucha gracia, yo me oponía a todo lo que oliera a platillo típico norteño. Entonces El Fornos se convertía en nuestra mejor opción.

Aunque siempre digo —y siento— que conocí muy bien El Fornos, la verdad, la verdad, solo una vez que llegamos muy temprano y el bar-restaurant estaba totalmente vacío, entré con mi papá y con uno de mis hermanos. El lugar me pareció menos misterioso de lo que yo había imaginado cuando me decían que ahí no podían entrar niños y, menos, niñas. La barra y las mesas solitarias me recordaron el otro único bar que yo conocía, el del restaurante El Moderno, en Piedras Negras, una ciudad fronteriza de Coahuila.

El trabajo de mi papá como ingeniero civil, implicaba viajar constantemente. Cuando le tocó supervisar lo que se hacía en el estado de Coahuila iba casi todas las semanas a Piedras Negras. Entonces radicábamos en Saltillo y a menudo lo convencíamos para que nos dejara acompa-

ñarlo. Llegábamos a un hotel que se llamaba Santa Rosa y desayunábamos o cenábamos en El Moderno.

Los meseros nos conocían perfectamente y como por las mañanas el bar estaba vacío, nos encantaba subirnos en los altos taburetes y sentirnos –supongo– muy adultos. Ahí aprendí a jugar cubilete para ganarle una coca (de refresco....el polvito todavía no se usaba y si se usaba yo ni me lo imaginaba) a Chema, el cantinero. Uno de mis recuerdos imborrables es la cara de mamá, cuando nos descubrió a cuatro de los seis hermanos, encaramados en la barra, manejando el cubilete como expertos y llevando la cuenta sin faltar un punto. Ella nos hacía jugando en el jardín.

La barra de El Fornos era más clara y tal vez más pequeña, pero a mí me pareció muy semejante a la otra. Ponchito me presentó a Mónico y mi papá me sugirió que le dijera lo mucho que nos gustaban las ancas de rana y el huachinango que preparaba. Se lo dije y me gustaría repetirlo ahora: no ha habido mejores ancas de rana en el mundo.

Sé lo que para mi papá representó El Fornos. Era una cantina-restaurante y, evidentemente, ahí se iba a tomar y a comer. Pero, la verdad, en cualquier otra cantina podía haber hecho lo mismo. ¿Por qué El Fornos? Porque ahí se podía hablar. Don Alfonso sabía escuchar. Su afabilidad, su enorme sonrisa, su respeto y su inteligencia hacían que al lugar concurrieran quienes buscaban algo más que alimento y bebida.

Para quienes éramos asiduos asistentes con prohibición de entrar, El Fornos fue una especie de *drive-inn* medio raro. No había servicio en el coche, pero nosotros llegábamos, nos estacionábamos, papá nos tomaba la orden, entraba y al rato llegaban los platillos que habíamos pedido. Casi siempre era al atardecer y, supongo, en una época de poco calor porque no recuerdo el clima como algo molesto.

Cuando años después vinimos a vivir a Monterrey, dejamos de ir a El Fornos. Solo de vez en cuando íbamos por algún platillo especial (casi siempre ancas de rana). Después mi papá murió y Ponchito no tardó mucho tiempo en seguirlo. El Fornos siguió varios años ahí pero después lo quitaron. Reapareció en la Colonia del Valle, por Orinoco. Nunca supe si era El Fornos de siempre o no. Lo que sí sé, es que en una ocasión fuimos con un grupo de amigos a tomar una copa para celebrar el cumpleaños de alguno y nos sentamos tan tranquilos. El mesero empezó a pasar aceite. Nos sugirió quién sabe qué tantas cosas, hasta que caímos en cuenta que era un lugar exclusivo para hombres (nada lo anunciaba así).

El Fornos no solo representó, sino fue toda una época en Monterrey. Las tertulias que en él se hacían fueron muy significativas. La visión que de él tengo, supongo, no tendrá mucho que ver con la de quienes lo habitaron. Ahí mucha gente importante y otra no tanto jugaba dominó, cartas, comía, bebía y platicaba. La lista de los asiduos parece inventario de políticos, intelectuales y artistas de

la época (Pedro Garfias iba ahí con frecuencia). Pero no me toca a mí hacerla.

Alguien preguntaba si sería repetible otro sitio así. Quizás no. Y no porque no haya quien lo propicie, sino porque la ciudad ha crecido y ha cambiado mucho. El tiempo nos hace creer que corre más de prisa, cuando somos nosotros los que nos resistimos a sentarnos sin complejo de culpa a platicar con los amigos, a escuchar, a dejar que las amistades crezcan a la sombra de las botanas preparadas con amor y de alguna bebida fresca. Decimos que el tiempo ya no da para eso. Y mentimos.

Los que ya no damos para eso somos nosotros.

## El ex-río Santa Catarina

Los ríos llevan agua. Lo aprendemos desde pre-primaria en unos libros de enormes letras y dibujos coloridos. Todos los ríos tienen una corriente; dicen que la del nuestro es subterránea y aunque no tenemos por qué dudarlo, sería conveniente hacer algo al respecto para poner las cosas en su sitio y dejar de distanciar al visitante que pide orientación: “Siga usted derecho hasta topar con el río y dé vuelta a la izquierda...” El inocente seguramente tendrá la mala costumbre de buscar ríos normales y, por supuesto, no lo encontrará. Su ingenuidad no le permitirá sospechar que aquí el río en vez de rebosar del ansiado líquido acuna las cosas más insólitas en su cauce excepto, precisamente, agua.

¡Ah, los visitantes y su ignorancia! Lo obvio no se explica. Deberían saber que ningún regiomontano osa decir: “Siga usted hasta encontrar el lecho vacío de un río y dé vuelta a la izquierda...” o “¿Vive cerca del río seco?” ¡Qué irreverencia! A los muertos se les respeta y una de dos: se habla de ellos como muertos y se añade *que Dios goce, que Dios tenga en su seno, que en paz descanse*, o se habla de ellos como si estuvieran vivos.

Nosotros escogimos esta última opción en un acuerdo tácito y colectivo que jamás se cuestionó porque, aunque hay de ríos a ríos (cosa que todos sabemos), como el Santa Catarina, ¡ninguno!

Está el Amazonas que se ufana de engañar a quienes lo navegan haciéndoles creer que es un mar. Están los ineludibles como el Sena, que tarde o temprano se nos aparece en poemas, postales, pinturas, suicidios, canciones, recuerdos o estudios ecológicos. Existen los que hicieron guiños a los artistas e inundaron con sus olas y reflejos óleos, papel pautado, palabras o cámaras fotográficas.

Están, por último, los caseros, los que nos atan a la historia íntima e irrepitable que cada uno de nosotros lleva dentro –como el Pánuco de huastecos años infantiles– o el Río Ramos, acogedor recodo de innumerables y regiomontanos días de campo.

Esos ríos –desde el gigante brasileiro hasta el disfrazado de arroyo– son distintos, pero tarde o temprano se resignan a parecerse: todos llevan agua. Poca o mucha, barcos más, veleros menos, barcazas de papel o balsas de madera pero sobre agua al fin y al cabo.

El nuestro, no; el nuestro es su propio fantasma. Solo lo vemos rebosante en nuestra imaginación cuando escuchamos o leemos sobre la furia con la que amenazó ahogar a la ciudad y la mantuvo bajo su agua días enteros.

El nuestro es su propia cicatriz y con ella lo vemos cortarle el rostro a esta que alguna vez fue provinciana ciudad y marcarla para siempre sin posibilidad de cirugía reconstructiva que la cambie.

El nuestro es la huella del grito que con sus borbotones hizo de esto, años ha, un vergel según nos cuentan.

El nuestro es ausencia de pescadores y el mutismo del eco del agua que no se estrella contra los riscos vueltos escaleras.

El nuestro es giros empolvados de aspirantes a remolinos que llenan los ojos y la boca de acidez y sequía.

El nuestro es un hogar transitorio de pinos navideños que lo invaden de falsas ilusiones con su verdor de aroma y añoranzas de sierra húmeda.

El nuestro es explicación obligada a los niños que preguntan si alguna vez tuvo lanchas atadas a sus riberas.

El nuestro tiene puentes, pero no canciones compuestas a sus puentes; tiene corrientes, pero son de autos y fluyen enardecidas a sus costados, iluminando con redondos fanales sus atardeceres.

El nuestro jamás nos ha dejado imaginar qué tan profundo será o qué guarda en sus entrañas insondables porque lo sabemos: árboles olvidados y atajos por todos sitios.

El nuestro, por nostalgia pura, deja que los focos intermitentes de los circos que hasta él llegan, parezcan peces escurridizos e iridiscentes jugando a esconderse del sol en sus profundidades.

El nuestro tiene nombre de río, pero más por costumbre que por mérito y, lo curioso, es que nosotros le seguimos la corriente.

Dicen que las cosas se parecen a sus dueños: a muchos nos gustaría pensar que los ríos también. Por eso preferimos verlo como la realización de un sueño que ni aún el

más osado poeta surrealista se atrevió a tener: un río que por toda agua tiene la que cabe en la piscina que le clava-ron en uno de sus costados, pero que en cambio, rebosa de canchas de futbol y de tenis, altas lámparas, mallas y tejabanos prendidos a sus orilla con alfileres.

Quizás por eso, porque los ríos se parecen a sus due-ños, lo preferimos rarísimo antes que muerto.

## El entierro del templo mayor

PARA ROBERTO ESCAMILLA

Lo más bello de la casa eran las montañas al fondo (que en realidad no eran de la casa, pero como si lo fueran). Esas montañas enormes, serenas, incommovibles que nos recuerdan con frecuencia lo efímero de nuestra estancia aquí. La casa era pequeña aunque con todo lo que necesitábamos. Era rara: lo asimétrico de sus habitaciones engañaba a la vista y las hacía aparecer más grandes de lo que en realidad eran. Me gustaba que fuese acogedora; en su salita pequeña, con solo la luz de las lámparas, el ambiente se volvía tranquilo y las conversaciones se alargaban sin sentir. Al pequeño patio lo habíamos convertido en un estudio que se volvió una isla a donde no llegaban el ruido del teléfono ni el sonido del timbre de la puerta. Y luego estaba la terraza, esa terraza que originalmente iba a ser el baño y el vestidor de lo que el arquitecto, pomposamente, llamaba la recámara principal y que gracias a la devaluación se quedó tal y como estaba ahora, lo que tú y yo considerábamos afortunado porque era de ahí desde donde contemplábamos las inevitables montañas. Porque eran inevitables. Absolutamente. A veces azules, a veces negras, a veces pardas, a veces incluso casi verdes – cuando llovía–, a veces tan secas que si poníamos un poco de atención podíamos escuchar el crujir de su vegetación quebradiza. Por donde quiera que nos asomásemos, la

vista se estrellaba con ellas lo que obligaba en sumisión gozosa a recorrerlas como si se viesen por primera vez. Nos encantaba espiarlas al amanecer cuando casi poderosas se cubrían con una neblina tenue que empezaba a levantar conforme el sol se elevaba. En ocasiones –quién sabe por qué razón– solo la parte superior de la neblina desaparecía y las montañas se quedaban llenas de cascadas y girones nebulosos. A menudo la neblina volvía al atardecer y se concentraba casi a ras del suelo, como brotando de él para dejarse arrullar por los faldones de roca. Cuando esto sucedía, el ocaso cambiaba de ritmo y alargaba, hasta donde le era posible, el esplendor de su último instante. Eran tus montañas y las mías. A la ciudad yo nunca había podido aceptarla como mía porque sabía –o sentía– que ella nunca me había acogido como suya. Pero las montañas eran nuestras. La desangelada ciudad se ganaba con facilidad todos los reclamos que se nos podían ocurrir y que con frecuencia le lanzábamos en alarde de alevosía y ventaja, sabedores de que la pobre no se podía defender. Ahora sé que en más de una ocasión proyectamos nuestras culpas y nuestras frustraciones sobre ella, sabedores también de que no vivir en el lugar idóneo para desarrollar los talentos que se poseen es quizá la excusa más socorrida cuando se ha sido incapaz de cumplir con nuestras ambiciones.

Como si eso fuese poco, un día la ciudad nos jugó una mala pasada. De pequeña ciudad de provincia llena de calles, rincones, cafés, cines y plazoletas que nos identifica-

ba con nosotros mismos, con los otros y con una época, repentinamente se nos convirtió –como adolescente que hubiese retrasado su crecimiento y que en un mes se hubiera estirado todo lo que a los demás les tomó dos años–, en una ciudad extensísima con tráfico asfixiante, con smog, con prisas, con colas para todo: el cine, el pan, el súper, las tortillas, el estacionamiento, el dentista, el restaurante (esas colas que, hasta hace poco, solo veíamos en el DF y no nos explicábamos cómo la gente podía soportar). Y se volvió más desgarbada porque creció tan inesperada como arbitrariamente. Fue entonces cuando quisieron remozarla y la llenaron de edificios rectilíneos, modernos, enormes, despersonalizados y bellos; sí, tan bellos como los de cualquier otra ciudad grande, llena de edificios rectilíneos, modernos, enormes y despersonalizados.

Y entonces huíamos de ellos y nos íbamos a caminar al centro y a recorrer tu calle Zaragoza (la que te ingeniaste para meter en uno de tus documentales); esa calle Zaragoza de la que no solo te sabías de memoria la configuración que tenía en ese momento, sino la de cada paso de su transformación: “Ahí estuvo mucho tiempo La Miniatura y aquí, El Tupinamba, y allá había una revistería en la que comprábamos Bohemia”... Por ahí habías huido tras quién sabe qué travesura que hicieron temerosos y allá habías oído, por primera vez, el nombre de Bergman de labios de Artemio que acababa de regresar de París. Y por aquí cruzaba Cecilia rumbo a su casa y tú la veías cruzar convertido en esfinge, sin encontrar jamás ni el mo-

mento ni el valor para acercarte y hablarle y así empezar a convertir en realidad todas tus fantasías amorosas.

Aunque no era solo la calle Zaragoza (el cambio de sentido a la Calzada Madero en una sola dirección y la ampliación de Colón fueron casi atentados personales contra ti), era la más importante. Morelos, Padre Mier, Escobedo, Emilio Carranza, Juan Ignacio, Zuazua, Dr. Coss, todas guardaban, sin saberlo, archivos enteros de recuerdos disfrazados de puertas de cantina, de nombres de tiendas, de rostros de meseros, de boticarios familiares, de panaderías con un olor a pan recién hecho que hace falta cada vez que alguien pasa por la esquina de El Nopal (que, por supuesto, desapareció hace años) y de un restaurante barato en donde se comían las tortas más sensacionales del mundo.

Pero Zaragoza era a donde todo confluía de una u otra manera. Zaragoza con ese Olympia que despreciabas porque había surgido a costa del tan amado Rex; el Rex de los populares de tres películas por \$1.50; el Rex de las películas porno de aquella época en que no había películas porno, pero en la que cualquier película italiana o francesa de oscura fotografía, mal sonido y temas raros era fuerte o atrevida si insinuaba alguna relación no tradicional o si dejaba asomar el brote de un seno o la parte superior de un muslo femenino.

Detestabas el Olympia (ese Olympia que hoy no te atreves a reconocer que echas de menos), con una indignación que a mí terminaba por darme risa, porque aunque la sabía muy auténtica, no acababa de enten-

derla. Jamás te lo dije, pero te me figurabas uno de aquellos aztecas a quienes los españoles les arrasaron sus templos, sin el menor asomo de respeto para, sobre sus ruinas, construir las iglesias “civilizadas”. Te sentías robado (aunque nunca lo confesaste y no sé siquiera si lo pensaste). Se llevaban el Rex y con sus butacas de madera, sus pilares raros y su gayola de bancas se iban tus descubrimientos, tus pláticas, tus escapadas de la prepa y la oportunidad de señalar la butaca exacta en que El Abogado, tras comprar un Pasanuez en la dulcería del cine, se sentaba invariablemente.

Era, según me contabas, todo un ritual: chocolate en mano, se lanzaba a contar las filas y escogía, precisamente, la de la mitad; luego, contaba las butacas y seleccionaba la del justo medio. Solo así podía ver la función con tranquilidad. Hoy te molesta pensar que ese ritual que se repitió con naturalidad por años, se haya vuelto imposible. Las funciones de 2, de 4, de 6 y de 9 están siempre a punto de reventar y tú casi revientas junto con ellas cuando entras y ves gente en un cine que imaginabas vacío a una hora en que antes la gente no iba al cine. Hoy nadie puede escoger butacas; agradece encontrarlas.

Y no te resignas. Como tampoco te resignas a que la función ya no sea doble o a que se haya inventado en esta ciudad tan inconfesadamente amada por ti, un intermedio que altera las películas, pero que la gente espera con ansia para salir corriendo a comprar dulces (que es, al parecer, a lo que van al cine).

El río ya no es tu río y los puentes son varios (antes había solo uno y tú te acuerdas cuando lo construyeron). El sentido de barrio casi ha desaparecido y la gente solo como excepción, saca las mecedoras a las banquetas y se pone a platicar. Quizás, como dice Villegas, la televisión y el aire acondicionado que solo los millonarios tenían antaño, han metido a la gente en su casa, aislándola del chisme cotidiano o del saludo diario, que fueron durante siglos, nuestras formas de comunicación más normales.

Incluso la tele ya no es tu tele. Esa tele del Cerro del Topo (con un locutor de cuyo nombre te molesta que nadie se acuerde, ahora que se celebran los veinticinco años de la televisión regiomontana), transmitiendo películas del cine mudo, en las que tantas cosas descubriste. Hoy la televisión es casi magia (para mí siempre lo ha sido). Te reproduce las películas que grabas y te ofrece en un mes, gracias a un plato que yo tampoco acabo de entender, muchas más cosas de las que se pueden ver a lo largo de una vida. Y en casa se ha vuelto broma tu “¿Habrá un choque?”, cada vez que salimos a un sitio y caemos en un embotellamiento. Los demás contestamos a coro: “No, lo que pasa es que ya somos dos millones”, y tú sonríes con una sonrisa que tiene poco de resignación y mucho de nostalgia.

Hoy las montañas siguen ahí. Tus montañas y las mías. Pero el centro no. Lo destruyeron para que tus hijos tengan una ciudad más bella en donde vivir (al menos eso dicen los que pretenden saber). También dicen que dentro

de pocos años ya nadie se acordará de cómo era la calle Zaragoza. Yo sé que no es verdad, como lo saben Chuy, César, Jorge, Poncho, El Abogado, Miguel y Silvia, Andrés y Saskia, Julián, Luis; como lo saben tantos otros. Sin importar que también sepamos que un día no muy lejano reconstruir la calle Zaragoza será una tarea de investigación documental que realizará en los archivos municipales un estudioso que, probablemente, ni siquiera ha sido concebido aún, pero que se interesará en conocer cómo era su ciudad, antes de que él naciera y lo indagará con la misma curiosidad con que nosotros nos detenemos a identificar la esquina o la fuente que aparecen en las fotos del viejo Monterrey y que, de vez en cuando, exhiben por ahí, para recordarnos cómo eran las cosas antes el automóvil, de la electricidad, del pavimento y de las obsesivas manías modernistas que todo quieren cambiar.

Todos sabemos que en esas ruinas de “Segunda Guerra Mundial”, como las llamas con coraje y resentimiento, los traxcavos no solo levantaron el piso y derribaron edificios, sino que cargaron con sueños, con voces, con recuerdos y con los ecos de unos pasos que las recorrieron quién sabe cuántas veces y quién sabe con cuántos estados de ánimo diferentes. Ahí se fueron descubrimientos y mentiras, dolores y bromas, promesas no cumplidas y juramentos reiterados. Es verdad. Pero también es verdad que nuestros hijos recorrerán otras calles y encontrarán otros rincones y saborearán las mejores tortas del mundo (aunque tú digas que ya no son como las de antes), en una

esquina, sobre una mesa de lámina pintada con el anuncio del refresco que sustituyó al Spur y un día escucharán el nombre de Bergman por primera vez y se quedarán como esfinges enamoradas ante la presencia inhibidora del ser amado y se sabrán de memoria los recovecos de la Macroplaza que tú tanto detestarás y llevarán a sus hijos a pasear por ella y les contarán que su abuelo (tú) conoció lo que hubo ahí, antes de esa plaza y cruzó el río cuando se atravesaba por un vado. Y los hijos crecerán y verán a tus hijos (sus padres) quejarse de la destrucción del viejo y bello Monterrey (que tus nietos verán feo y sin chiste) y los oirán contar cómo las tortas ya no son como las de antes y entonces habremos aprendido, una vez más, que todo tiene que cambiar para seguir igual. Todo menos las montañas.

## Cuento cortísimo

Todo había empezado igual que algunas tormentas: una llovizna apenas perceptible, nubes indecisas, un chipi chipi pasajero, una gota y otra y otra, el olor anunciante y el bochorno del silencio precursor, pero todo, aunque obvio, lo habíamos ignorado, ocupados como estábamos en no liberar los ojos del otro ni por un instante. De repente, como furiosa por nuestra indiferencia, la intimidad explotó y nos atrapó a los dos desprevenidos, a tal grado que tuvimos que correr a guarecernos bajo el techo del primer tema trivial con que topamos.

## Cementerio de cristales

Evito coleccionar algo porque anticipo el dolor que me provocará el desprendimiento; sin embargo, un día me dejé seducir por un universo de transparencias. Sin buscarlo, se fue integrando en mi oficina un zoológico de cristal que siempre me remitía al de Williams, aunque el mío era mucho menos amargo. Primero apareció una tarántula con sombrero de fiesta y largas patas de colores, incapaces de alcanzar a la gaviota en vuelo perpetuo que llegó haciendo alarde de sus alturas. Después se asomaron dos unicornios, iniciadores de la galería de seres imaginarios, seguidos de tres patos bailarines, dos focas con corbata de moño y un pingüino que irrumpieron a manera de desfile cirquero. El tucán Cyrano era un apéndice de su pico y los peces lucían trozos de arcoiris en las escamas. Había alacranes de filigrana y avestruces con cuellos de *ballerinas* que no lograban impresionar a las jirafas, ni emocionaban a los elefantes pitorreros. Terminó por haber familias enteras de perros, gallos, ratones, cocodrilos, osos y ardillas, pero también numerosos animales solitarios: el colibrí que era una obra de arte y homenajeaba al de Paz, nunca dejó de sonreír a la pachorra convertida en caracol, ni a la tortuga que se burlaba de mi ajeteo desde su conchudez eterna. Un buen día, alguien me regaló una vitrina de espejo con latón y vidrio. Escogí un sitio de luz, limpié animal tras animal y los coloqué

para que el espejo los repitiera. De inmediato hechizaron el espacio. Eran, de veras, bellos y sus iridiscencias me recordaban que había cosas más importantes que las que a veces nos inventamos para justificarnos. La colección creció hasta el hacinamiento, pero una segunda vitrina se quedó en idea. Una mañana encontré sus cadáveres apilados en una grotesca montaña: los cuernos del toro sustituían a las alas del águila cuya cabeza brotaba de la panza del conejo, sentado al lado del tigre que inútilmente buscaba sus patas. El encargado de la limpieza entró y me ofreció pagar el costo del accidente. “¿Cuál accidente?”, le pregunté, mientras convertía el bote de basura en un cementerio de cristales. “No tenía ningún valor”, le dije y literalmente era cierto; pero nada más literalmente. Desde entonces me repito a diario que no debo coleccionar nada. Todavía extraño a mi tortuga.

## Ausencia

Cuando nació tu ausencia, la adopté. Después de todo, era tu única herencia. Fue la primera hija de las cuatro que tuve. Como a las demás, la amamanté, le enseñé a caminar, le descubrí nuestro paisaje atiborrado de montañas y la eduqué para que fuera no solo independiente, sino para que fuera. Nada más. Sin ti, sin mí, sin nada. Como Dios: omnipresente y omnipotente. Cuando maduró reunió a otras ausencias que habían empezado a deambular por mí y las trató de organizar, pero fue inútil. Ninguna era como la tuya, la primera. Temieron ser atroces como ella y se resistieron a la constancia exigida a mis fieles damas de compañía. Dos trataron de imitarte con tibieza: disfrazaron sus fantasmas como los tuyos, pero hasta ahí. En cuanto aparecía tu ausencia, las otras disminuían y volvían a su verdadera dimensión. Por eso huí del reencuentro. Volver a verte después de ¿cuántos años?... Da lo mismo decir diez, cien o mil; es mentira. Las ausencias no se cuentan con horas, ni con días, ni con años, ni con otras medidas arbitrarias y absurdas. Las ausencias devotas y fervientes, como la tuya, se miden con recuerdos: de lunas no compartidas, de cuerpos no recorridos, de palabras no articuladas, de sueños no confesados, de hijos no tenidos. No te hubiera reencontrado a ti, sino a otro. Con una remota semejanza tuya, supongo. Tu ausencia debía morir para

renacer en tu presencia y, en cuanto lo supo, fue a despedirse de mí, sonriente y dispuesta de buena gana a desaparecer, pero yo se lo impedí. La verdad, la verdad, no me concibo sin ella. Le he tomado tanto cariño que ahora la quiero más que a ti. Sobreviví a tu ausencia, pero no podría sobrevivir a la ausencia de tu ausencia.

## ¿Has visto el silencio?

A ROBERTA, CON SUS SABIOS SEIS AÑOS, POR PREGUNTAR

El frío había llenado la ciudad de tortugas gigantes que caminaban de pie. Los abrigos puestos sobre quién sabe cuántos suéteres eran caparazones de lana que dejaban apenas asomar cabezas y rostros tiritantes recubiertos de gorros y bufandas.

Curiosamente, el cielo no estaba a tono con el frío: aunque había amanecido lleno de algodón sucio, aprovechó las cuchillas que el Norte envió disfrazadas de viento y dejó en ellas su empapada textura. Una vez que se sintió completamente limpio, celebró su triunfo atardeciendo tras una capa de celofán cristalino. Luego, caprichoso y sin perder su transparencia se embadurnó de colores: negro, azul, celeste, rojo, malva, rosa, blanco... todos sobrepuestos en nítidas capas sostenidas por un lucero tan brillante que parecía artificial.

Las montañas a manera de olán circular, remataban la falda de la noche. Se sabían recién lavadas y su perfecta belleza reclamaba la vista nueva de los ojos acostumbrados a ellas.

Fue entonces mientras esperábamos a que cambiara el semáforo, rodeados por la música del radio, el llanto del bebé, el ruido de los coches y la vibración ensordecedora del tráiler de al lado, que me preguntaste:

– Mamá, ¿tú has visto el silencio?

Mi lógica absurda y estúpida estuvo a punto de hacerme responder automáticamente que el silencio no se ve; pero por fortuna, no solo me llegó tu voz desnuda sino toda la intacta belleza que llevaba escondida en su eco y me anudó la garganta.

– Sí, mamá, ¿lo has visto? Cuando la gente se duerme y los coches se paran y las calles se quedan sin nada y los pájaros se van, yo creo que se ve el silencio... a mí me gustaría verlo pero no aguanto, me da sueño muy pronto.

Te contesté que no, que yo nunca había visto el silencio. Y era verdad. Hasta entonces, solo lo había escuchado y eso, acaso de vez en cuando. Pero te prometí que lo vería para saber cómo era. Y lo vi.

Después pensé en lo soberbia y necia que es nuestra cultura al insistir en que somos los padres los que enseñamos a los hijos a ver el Universo.

# Llegaron las golondrinas

PARA CORINA

El suéter, dicen, es una prenda que la mamá pone a sus hijos cuando ella siente frío.

En Monterrey no podemos confiar en las estaciones. Marzo, por ejemplo, a veces es primaveral y a veces, des-templado. El refrán advierte que la locura de febrero contagia un poco a marzo y así es: un día amanecemos con calor y, otro, con frío. O en la mañana hace frío, por la tarde calor y en la noche graniza.

Ayer, 19 de marzo, día de San José, volvieron las golondrinas a la Misión de San Juan Capistrano, en California. Lo hacen todos los años el mismo día porque la naturaleza, puntual, las guía de regreso a su hogar: una ciudad que se viste de fiesta para presenciar lo que sus habitantes y miles de visitantes llaman “El milagro de las golondrinas”.

Este año la televisión nos trajo el ritual completo. Nos mostró cómo un par de días antes, las golondrinas que dirigen la parvada llegan a la Misión de San Juan para revisar el camino y empezar a construir los nidos de lodo en donde permanecerán hasta el 23 de octubre, día de San Juan, cuando todas volarán al mismo tiempo hacia el sur.

Este día 19, en cuanto la televisión mostró cómo sus aleteos interrumpían una parte del cielo, llamé a mis hijos, les expliqué de qué se trataba y juntos contemplamos el revoloteo emocionado y emocionante de las aves.

Después salieron a jugar con sus respectivos suéteres abrochados; su mamá se los puso porque ella sentía frío. Los brincos y las carreras los acalararon, pero el clima seguía fresco y sus peticiones para quitarse el suéter fueron rechazadas una tras otra.

Hasta que Corina, dulce como siempre (a menos que enfurezca), apareció frente a mí con su figura menuda y su enorme sonrisa mientras, viéndome a los ojos, decía: “¿Verdad que sí me puedo quitar el suéter? ¡Ya regresaron las golondrinas!”

Se quitó el suéter.



## Contenido

Pupilas de espejo, <i>1992</i>	11
Por el aroma roto de un recuerdo, <i>1990</i>	13
Nacimiento, <i>1973</i>	19
Magda Montes Fan Club, <i>1986</i>	21
Llamada, <i>1984</i>	27
La Isla, <i>1989</i>	26
Hora de dormir: voz de mi universo, <i>1990</i>	37
El reclamo de Rodolfo Santizo, <i>1988</i>	40
El Fornos, <i>1993</i>	44
El ex-río Santa Catarina, <i>1987</i>	52
El entierro del templo mayor, <i>1982</i>	53
Cuento cortísimo, <i>1977</i>	61
Cementerio de cristales, <i>1992</i>	62
Ausencia, <i>1988</i>	64
¿Has visto el silencio?, <i>1988</i>	66
Llegaron las golondrinas, <i>1981</i>	68

Se imprimieron 1000 ejemplares en los talleres  
de Serna Impresos, S.A. de C.V.,  
durante abril de 2012, Monterrey, N.L.  
El cuidado editorial estuvo a cargo  
del Fondo Editorial de Nuevo León.





OTRAS PUBLICACIONES

*ANIMALARIO*

Margarito Cuéllar

con ilustraciones de Guillermo Ceniceros

PRÓXIMAS PUBLICACIONES

*LOS MISMOS GRADOS MÁS LEJOS  
DEL CENTRO*

Gabriel González Meléndez

*SETENTA VECES SIETE*

Ricardo Elizondo Elizondo

*EL REINO EN CELO*

Mario Anteo

**N**o importa si la prosa de Barahona es crónica, relato, cuento, poesía, semilla de novela, guión de comedia bien articulada, editorial, drama, ensayo, texto, lo que importa es que es vida, sangre, brillo de sonrisas, mirada inteligente, grandeza de corazón. Rosaura es una voz que da voz a muchos. Los temas de sus escritos son de la vida cotidiana, de la genérica vida de todos y cualquiera: la familia, los amigos y colegas, la ciudad, los lugares y momentos que luego se convierten en surcos en la cara del universo, los cables de la sangre, el paso por la vida, lo efímero, lo más efímero, las montañas que se ven desde el patio de su casa, el cerro de la Silla, el río Santa, el sepia de la melancolía. Temas que nos tocan a todos sin mediar preparación académica, fondos económicos o pureza moral.